

Aunque los juicios críticos que siguen a cada narración son muy breves —esquemáticos—, resultan casi siempre acertados y sumamente reveladores. No sería justo exigir mayor amplitud y profundidad, dado el carácter antológico del libro. Cumplen su cometido a la perfección, al presentar ante el lector un retrato recortado, básico, de lo que es cada escritor y de lo que en su obra hay de valioso o de personal. Por todo ello, podemos recibir con beneplácito esta “resumida y completa” antología del profesor Menton.

MIGUEL BLANCO

México.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA, *Perduración romántica de las letras argentinas*, México, UNAM, 1963; 71 pp. (Col. *Filosofía y Letras*, 61).

El origen de este libro se halla en la ponencia que el autor sometió a la consideración del Décimo Congreso de Literatura Iberoamericana, que se reunió en las ciudades de Oaxaca y México entre agosto y septiembre de 1961. Estas reflexiones, según advierte el propio autor, forman parte de un trabajo más extenso sobre el carácter de la literatura argentina.

En estas páginas se demuestra plenamente que una de las características más singulares de las letras argentinas es la persistencia del romanticismo; que las ideas románticas persisten actualmente en la poesía, en el teatro, en la novela y en la crítica de la Argentina.

Pagés Larraya emprende su estudio a partir de 1837, fecha en que la literatura argentina se inscribe dentro “del complejo histórico-dogmático” del romanticismo. “El concepto del arte como expresión del pueblo, de sus ideales y costumbres revestíase, por sus fértiles conexiones políticas, de particular atractivo para la república joven que buscaba dramáticamente superar los meros enunciados retóricos sobre su independencia. El romanticismo es así, desde sus orígenes, un movimiento vivísimo y fecundador que no se ciñe exclusivamente a lo literario.”

Desde entonces la literatura argentina se aferró a ciertos conceptos predilectos: estilización de la naturaleza y de la historia americana, costumbrismo, popularismo. De modo que, durante más de siglo y medio, no se registran en ella sino cambios superficiales. Sin embargo, lejos de sugerirse aquí una petrificación en torno a recetas sofisticadas, se muestra una sólida línea de continuidad en que los ideales del mundo romántico adquieren nuevas dimensiones; se multiplican y afinan, siempre con impresionante dinamismo. Así aparecen el regionalismo y el folklorismo, la estética nacionalista, el criollismo, el ruralismo, la literatura gauchesca, el telurismo.

Y al final, el autor de este estudio, revisando el legado del romanticismo, observa que el esquema romántico, tal como se actualiza en la Argentina, parece haber cumplido su ciclo y volverse paralizante; y llega a la conclusión de que la literatura argentina deberá apoyarse más en los "íntimos acordes propios; no en los elementos exteriores o en los bellos mitos de ayer". Y que, en resolución, en la medida en que se perciba su ruptura con una actitud y unas normas ya extintas, irá surgiendo la expresión del mañana.

ALBERTO BONIFAZ NUÑO

U. N. A. M.

MIGUEL AGUAYO, *Cantares de sed*, México, Ed. Jus, 1964; 69 pp. (Col. *Bajo el Signo del Abside*).

El primer volumen de versos publicado por este joven escritor, que ha empezado a revelarse ya como excelente cuentista, es una colección de veintiocho poesías que giran en torno a tres temas principales: el amor místico, la vocación del poeta y el sentimiento de la naturaleza. Con acentos que recuerdan *El cantar de los cantares* y las poesías de San Juan de la Cruz, expresa Aguayo la gama entera de experiencias que florecen en el secreto, pero nunca estático, jardín de la vida espiritual: la insinuación callada, la expectación paciente, el encuentro jubiloso, la ausencia dolorida, la sequedad punzante, la entrega total y confiada, el sacrificio fecundo. Esta poesía es un continuo diálogo entre dos interlocutores, el alma y Dios, en cuyo Verbo, Suprema Palabra, se inspira y embriaga el estro poético.

Acorde con esta actitud, existe en *Cantares de sed* un trasfondo constante de espiritualidad, que eleva y dignifica el mundo físico, cuya belleza es, bien la "manera callada de contestar" que emplea el Creador con la criatura, bien el confidente discreto en que ésta vierte sus sentimientos:

Con cada amanecer nace el deseo  
de encontrar en los vientos  
trashumantes  
el eco de Tu voz,  
que se ha escondido.  
Y en mis sueños sin sueños  
mis sentidos,  
agudos como flamas vigilantes  
traspasan las negruras  
fantasmales  
oteando  
—jamás desfallecidos—  
los puntos cardinales.